

1995, TIMOTEO PÉREZ RUBIO
(El Urogallo, nº 127, Madrid, 1996, pgs. 4-5)

y el bordón de tu rumbo masculino.
R.Ch.

Un día –cumplidos ya muchos años- caemos en la cuenta de que nuestros más viejos y más antiguos amigos empiezan, poco a poco, a desaparecer. Esos amigos son nuestra juventud, son nuestros contemporáneos, pero un tanto en desorden, en el desorden de los vivos. Es, pues, el momento de *retocar* algunos juicios, algunas predilecciones, algunos desdenes. Ahora, nosotros, les debemos... *justeza*, nada de halagos fáciles ni de rigores tontos.

Hace muy poco tiempo, la muerte –¡inesperada!- de Rosa Chacel, me trajo el recuerdo de algunos seres excepcionales, ya quietos y fijos: Concha de Albornoz, Luis Cernuda, Timoteo Pérez Rubio.

Timo –el marido de Rosa- no era propiamente un amigo mío directo, sino a través de su mujer; es más, por muy extrañas circunstancias sólo pudimos vernos muy pocas veces. Mi amistad –vía Concha- era con Rosa –acaso la más firme, más recia, más seria y más inspirada prosista de nuestro tiempo-; la realidad de verdad es que Rosa era quien nos unía a Timo, pero también era cierto que una vez topados con él, era ya directamente a él a quien estimábamos. La pintura, eso sí, nos separaba en ese momento, pues Timo acababa de volver de la Academia de España en Roma, interesado aún en ciertas vanguardias de entonces, y yo, en cambio, acabab de volver de París y de todas las vanguardias pasadas y... venideras. Recuerdo, sin embargo, un retrato de Rosa que me gustó e impresionó muchísimo: era mayor que de tamaño natural –Rosa, en cambio, era una mujer, aparte de guapísima, más bien pequeña, a la española- y toda la figura había sido encerrada en un laberinto de líneas curvas muy amplias, muy estilizadas, extendidas sobre la superficie del cuadro como un teorema; me pareció una especie de secreto en voz alta, la confesión a gritos de un pintor enamorado, o sea, tiernamente herido en lo más hondo. Pero Timo tenía una madurez, una robustez muy fina, delicadísima, y... como de campo, terrenal, natural; Rosa –sin duda también enamorada, aunque de otro modo- podía vivir, no ya en otra ciudad, sino en otro país que su marido, sin llegar a sentirse perdida o desasistida; y eso que podía muy bien parecer *una fortaleza* de ella, no era sino *un poderío* de él, masculino, de hombre, ¡del hombre!

Ahora, pasados los años (1932-1994) me tropiezo con Rosa y Timo juntos, y también con nuestros comunes amigos de aquellos días, Concha y Luis. Concha era esa persona excepcional, única que lo comprende todo, hasta lo más difícil, a fuerza, diríamos, de abstinencia, de sacrificarlo todo a la comprensión. Luis Cernuda era la persona contraria, pues eso que se llama comprender no era propiamente lo suyo, sino *el hacer* y él lo hacía. A una amiga francesa, L.S. le di a leer “La realidad y el deseo”, y cuando me devolvió el libro me dijo que los poemas le habían gustado mucho, pero no así la persona que había escrito esos poemas; Concha y Rosa –que no eran francesas pero eran mujeres- a Luis Cernuda lo trataron más bien como a un niño, al que casi... adoraban.

Volviendo a Timoteo Pérez Rubio –aunque en todo eso que venimos hablando también está él-, me lo encuentro de nuevo en Madrid (creo que en 1978) y puedo ver entonces una serie de paisajes suyos recientes, de una gran autenticidad –¡y tanta!- que se dirían de una humildad vigorosa, fuerte, varonil.